

al niño dejaba olvidadas dos fotografías. La una era de su marido, la otra de su hija muerta. Las había mandado hacer en otro tiempo, cuando vivía dichosa en el campo entre Blanchard, jardinero entonces, y su hija, de edad de tres años, linda como un ángel.

¡Ah! ¡qué lejos estaba entonces de suponer que habría de llegar un día en que le arrebatase la Muerte á su hija, la Justicia á su marido!

No quería abandonar aquellos retratos: deseaba verlos una última vez y morir abrazada á tan dulces objetos.

Se reunió otra vez al niño, que ya había abierto el envoltorio para enterarse de su contenido, y le rogó que le devolviese las dos fotografías. Cuando las tuvo en la mano, se apoyó en la muralla del puente y las contempló con éxtasis. Fijóse sólo un momento en el retrato de su hija... ¿no la iba á encontrar dentro de un instante en el Cielo? En cambio contempló largo rato el de su marido.

Aún era joven cuando le hicieron aquella fotografía; tenía aire agraciado y expresión en la mirada. Dió furtivamente un beso al retrato, mientras sus ojos se volvían por última vez hacia los muros de la prisión.

Después avanzó al centro del puente. ¡Estaba desierto! La nube más espesa empezaba á deshacerse en lluvia, y gruesas gotas esmaltaban la arena de las aceras. Los transeuntes aceleraban el paso. Los cocheros castigaban á sus caballos para ganar cuanto antes las calles de la ciudad. Aquél era el momento de arrojarse

al Sena. Nadie se cuidaría de ella, nadie la detendría.

La balaustrada del puente de Cambio es de las más fáciles de flanquear. Dicese que ha sido expresamente hecha para facilitar los suicidios. Está formada de columnas estrechas en el centro y anchas de base para que pueda apoyarse el pie.

Al llegar al arco del centro, Sofía Blanchard lanzó una última mirada en torno suyo, á fin de convencerse de que estaba sola. Envió un último adiós á su marido, apoyó sus pies en la base de dos columnas, se sostuvo con las manos y haciendo un último esfuerzo se precipitó en el espacio. Las aguas se abrieron un momento y se cerraron de nuevo siguiendo su curso.

IV

El niño á quien Sofía Blanchard había dado todo lo que poseía en el mundo, tenía, como muchos vagabundos de su edad, la costumbre de pasar las noches de verano en los puentes de París. Cuando la lluvia se formalizó, echó á correr, atravesó el puente de Cambio, llegó al muelle de la Mégissiere, bajó la escalera que estaba enfrente de la calle San Oportuno y corrió á buscar abrigo debajo de la cubierta del barco flotante de las lavanderas.

Ya en seguridad, abrió su envoltorio para

inspeccionar de nuevo las riquezas que contenía, y cuando se vió dueño de varios pañuelos, él que no había tenido jamás ninguno, tuvo una inmensa alegría y volvió los ojos hacia el puente que estaba enfrente de él para ver si desde allí distinguía á su bienhechora y enviarle las gracias con una mirada.

A pesar de la lluvia, que formaba espeso velo, la percibió inclinada sobre la barandilla y mirando al río. No distinguía sus facciones, pero veía perfectamente la masa negra destacándose sobre la balaustrada blanca.

En breve aquella masa se alargó... hubiérase dicho que estaba por fuera de la balaustrada y que nada le separaba ya del abismo. De repente pasó por delante de sus ojos y cayó de alto á abajo, con la rapidez de los aerolitos que por la noche se ven correr por el espacio.

El niño lo comprendió todo y lanzó un grito. Algunas lavanderas y dos hombres que se habían refugiado allí durante la lluvia se volvieron á interrogarle.

—Allí—dijo el niño,—una mujer que ha caído al agua.

Todos los ojos se volvieron hacia el sitio designado. En efecto, el cuerpo había subido del fondo á la superficie, y sostenido por los vestidos, que formaban un verdadero globo, flotaba encima del agua arrastrada por la corriente.

Al punto los dos hombres, uno marinero, lanzáronse á un bote sujeto al barco de las lavanderas, cortaron las amarras y remaron á través del río para detener á su paso el cuerpo humano que arrastraba.

La corriente es tan rápida en aquel sitio, que en diez segundos el cuerpo estuvo al alcance de los salvadores, y en el momento en que iban á echarle mano desapareció. La espesa lluvia que caía sobre él, haciéndole pesado, le envió de nuevo al fondo; la ola de arriba confundíase con la de abajo, y ambas enviaban el cuerpo al abismo.

No había más que un medio de salvar á la desgraciada. Arrojarle al agua, sumergirse, sacarla á la superficie y ganar de nuevo el bote ó la orilla. El marinero vacilaba. Sabía que el río por aquella parte es caudaloso y forma remolinos terribles. Entre tanto el otro hombre, sin reflexionar, se arrojó al Sena, y pocos minutos después reaparecía con su presa á flor de agua.

El marinero se dirigía ya con el bote á prestarle auxilio, mientras el otro, prefiriendo dirigirse al barco de las lavanderas, dió un rudo empuje al cuerpo en aquella dirección. Entonces las lavanderas, inclinadas hacia adelante, tendiendo los brazos, cogieron la masa inerte que se les confiaba.

En breve Sofia Blanchard estuvo tendida sobre la plataforma del barco: no daba señales de vida: sus ojos estaban cerrados, apretados sus dientes y su rostro cadavérico; pero todos los que tienen su ocupación en las orillas del Sena, marineros, cargadores, lavanderas, todos saben los cuidados que han de prestarse á las personas asfixiadas por inmersión.

Gracias á sus inteligentes cuidados, al cabo de un instante sintieron latir el corazón de

aquella desgraciada; su rostro se fué coloreando débilmente; un espasmo ligero levantó su pecho, y por fin se abrieron sus ojos. Sofia Blanchard se había salvado.

Durante un cuarto de hora, aquellas buenas mujeres prodigaron á Sofia toda clase de cuidados, hasta que pudo incorporarse, sentarse y mirar en torno suyo.

Con la vida volvióle la memoria; recordaba que se había arrojado al Sena por su voluntad, que había querido morir; y las razones que se diera para su suicidio seguían imponiéndosele implacables, terribles.

Por eso, mientras daba las gracias con la vista, mientras apretaba la mano del hombre que la había salvado y la de aquellas caritativas mujeres, pensaba:

—¿Por qué no me han dejado morir?... ¡Todo hubiera ya concluído!

Un vigilante en aquella parte del muelle tuvo noticia de lo ocurrido y bajó al punto al barco de las lavanderas: mostráronle la paciente y le preguntó su nombre, profesión y señas de su casa. Toda tentativa de suicidio hecha en público da lugar á un sumario, y el agente que tiene noticia del suceso está en la obligación de prevenir al comisario de Policía más próximo.

Sofia Blanchard respondió á todas las preguntas que le dirigieron, y el representante de la Autoridad se dirigió hacia el Palacio de Justicia, donde se encuentra la Comisaría del distrito.

V

En el momento en que entraba en el gran patio, un carruaje se detenía delante de la verja, y una mujer pequeña, viva, de ensortijados cabellos, de mirada perspicaz, se precipitó en la acera. Miró en torno suyo, percibió al pie de la escalera de la derecha una puerta-vidriera, hacia la cual se dirigía el agente de Seguridad, y ella hizo lo mismo. Cuando abrió la puerta y le preguntaron qué quería, respondió:

—Me llamo la señorita Zoé Lacassade; vivo en la calle de Helder, núm. 20, y vengo á reclamar, en mi nombre y en el de mi amiga Juana Guérin, á Sofia Blanchard, la acusada á quien los jueces han mandado poner en libertad.

—La persona de quien habláis, señorita, ya no está aquí—respondió el que la escuchaba.

—¿Pues dónde está? Me han dicho que en el Depósito; ¿no es éste el Depósito?

—No, señora; ésta es la Comisaría.

—Perdonad: la culpa ha sido de mi cochero; le he dicho al Depósito y me conduce aquí. ¡Ah! ¡estos cocheros de París!... En mi tierra, en Guadalupe, saben mejor su obligación; es decir, en Guadalupe no los hay... Por lo menos no le extravían á uno. Bien, señores, ¿queréis indicarme dónde está el Depósito?

—En el muelle del Reloj, señora, á dos pasos de aquí.

Ya iba á alejarse, cuando el agente recién llegado dijo algunas frases al oído del secretario de la Comisaría y éste exclamó:

—¡Deteneos, señora! ¡Deteneos! Tengo un dato importante que daros: la persona á quien buscáis no está ya en el Depósito.

—¡Gran Dios! ¡Llego demasiado tarde! ¿Dónde se habrá ido la desgraciada?

—La encontraréis muy cerca de aquí. El señor va á conducirnos á su lado; vos velaréis por esa desgraciada, ¿no es verdad?

—Sí, señor, sí; ¿por qué me lo preguntáis?

—Porque ha intentado suicidarse.

—¡Ah, Dios mío!

—Y, si vos no respondierais de ella, tendríamos necesidad de someterla á la vigilancia de la Autoridad.

—¡Sí, yo respondo!... ¡respondo en absoluto! Tomad mi nombre, mis señas, las de mi amiga, y ¡vamos... vamos!

Precipitóse en el carruaje que la aguardaba, y el agente subió en el pescante, indicando al cochero el camino que debía seguir. La tempestad había cesado y las nubes huían hacia el Nordeste, dejando el cielo despejado.

Zoé, precedida por su guía, descendió la escalera del muelle, corrió hacia el barco con toda la ligereza que le permitían sus cortas piernas, y en cuanto llegó á él percibió á Sofía Blanchard, pálida aún, envuelta en un peinador que una de las lavanderas le había prestado mientras hacía secar sus vestidos al sol.

Zoé se le acercó, y parándose delante de ella,

con los brazos cruzados, exclamó con acento que en vano trataba de fingir severo:

—¡Desgraciada! ¡habéis querido mataros!

—¡Ah!—murmuró Sofía;—¿qué queríais que hiciera, señorita?

—¡Cómo! ¿Qué quería que hicierais? ¡Quiero que volváis inmediatamente al servicio de Juana y al mío, como en otro tiempo!

—¡Es posible! ¡Queréis llevarme con vos!

—¡Si tal! ¿Acaso os asombra? ¡Vamos! Juana nos aguarda. Poneos vuestra ropa, aunque esté algo húmeda... no importa; vamos en coche y dentro de diez minutos tendréis otra. Creo que no cogeréis un constipado en el mes de Junio.

Las lavanderas se miraban unas á otras y se reían de aquella mujer tan impetuosa, tan pequeña, tan vivaracha, que había caído allí como una avalancha y no había cesado de hablar desde que entró.

Quando oyeron decir á Zoé que se llevaba á Sofía y la tomaba á su servicio, las risas y los enchicheos cesaron. Muchas de ellas estaban al corriente de la causa que se había visto la víspera. Habían leído todos sus incidentes en los periódicos, y el nombre de Sofía Blanchard que había dado al agente de Policía era de todas conocido: todas compadecían á la desgraciada cuyo marido acababa de ser tan duramente sentenciado.

Zoé Lacassade, aprovechando esta simpatía, hizose popular al punto en el lavadero, y, á poco que hubiese puesto de su parte, la hubieran llevado aquellas mujeres en triunfo hasta el muelle; pero su modestia no le permitió in-

tentar esta ovación, y, á fin de partir lo más pronto posible, ayudaba á vestir á Sofia.

En el instante en que protectora y protegida iban á alejarse, el agente de Seguridad les hizo observar que es costumbre dar veinte francos al individuo que saca del Sena á una persona ahogada ó próxima á ahogarse, preguntando á Zoé si se encargaba de abonarlos.

—¡Ya lo creo!—dijo ésta;—y quisiera ser muy rica para dar mucho más de lo que se esperase.

Y echó mano para buscar su portamonedas, mientras el agente de Seguridad buscaba con la vista al generoso salvador.

Vióle en la orilla del río, sentado en una piedra secando sus vestidos al sol, y contemplando de lejos con cierto interés á la que había salvado de la muerte.

Había tristeza en la mirada de aquel hombre, y diríase que no era la vez primera que veía á Sofia Blanchard.

Como no se fijaba en las señas que le hacía el agente de Seguridad, tuvo éste necesidad de llegarse hasta él y decirle que fuese á recoger la prima ofrecida.

—No—dijo aquel hombre;—yo no quiero nada.

—Pero...

—Os digo que no quiero nada—repitió casi bruscamente.—La he salvado, y eso me basta para mi satisfacción.

—Será preciso que consigne vuestro nombre en el informe.

—Enhorabuena: me llamo Pepin y vivo en

las cercanías de París, en Maisons-Laffite, á orillas del Sena.

—¿Sois marinero?

—No. Me encontraba aquí por casualidad; soy jardinero.

Y se alejó después de dirigir una última mirada á la mujer á quien acababa de salvar, dirigiéndose hacia una taberna. Allí se hizo servir un vaso de vino, y mientras lo apuraba oyó estas palabras en boca del tabernero:

—Es muy tarde, muy tarde, y no hay nada que hacer.

Durante el trayecto desde el muelle á la calle de Helder, las dos mujeres no cambiaron una sola palabra. Bien habría querido Zoé hablar, pero respetaba el silencio de su compañera; la desgraciada estaba como aturdida por las emociones de la vispera, por su salida de la cárcel, por su suicidio y por su casi resurrección.

En un rincón del coche, con los ojos medio cerrados, oprimido el pecho, pesada la cabeza, trataba de recordar todo lo pasado, pero sus recuerdos eran confusos y parecían desvanecerse cual si fueran efecto de un sueño. El sentimiento de la realidad volvió sólo cuando tuvo que bajar del coche y subir la escalera. Entonces tembló ante la idea de encontrarse con Juana Guérin.

Esta oyó abrir la puerta y se adelantó al encuentro de las dos mujeres.

—No se atreve á entrar—dijo Zoé señalando á Sofia Blanchard.

—Hacéis mal, Sofia—dijo Juana dulcemen-

te;—nada ha cambiado entre nosotras: mi padre os estimaba, vos le cuidasteis con esmero durante su enfermedad. Honro su memoria al no abandonaros; venid.

Y con encantadora gracia tendió la mano á su antigua criada.

Sofía, en lugar de tomarla, se inclinó para besar respetuosamente el extremo de sus dedos, mientras Zoé, cansada ya de no hablar, tomaba la palabra refiriendo la tentativa de suicidio. Juana escuchaba silenciosa, y volviéndose á Sofía murmuró:

—Habéis hecho mal; debisteis pensar en vuestro marido.

—¡Ah!... no puedo hacer nada por él.

—Os engañáis, podéis mucho; mientras viváis esperará volver á veros, y esto le dará resistencia. Muerta vos, desesperaría de la vida, y un prisionero no tiene ni aun libertad para matarse. La experiencia se lo ha demostrado.

Hablaba con una gravedad superior á sus años: no era ya la niña mimada, ingenua, festiva, que hemos visto al principio de este drama, sentada sobre las rodillas del capitán Guérin: su inesperada desgracia, las reflexiones que le había producido la muerte violenta de su padre, le habían hecho vivir mucho en poco tiempo, transformando á la niña en mujer.

Zoé, para cambiar el curso de las ideas de Sofía Blanchard, la iba instruyendo en sus nuevas funciones.

—La habitación es muy pequeña—le decía,—y tendréis hechos muy pronto los quehaceres de la casa; pero os emplearé en condu-

cir á la ciudad mis confituras de anana y guayaba: dormiréis abajo, en un gabinetito que está al lado de las cañas de azúcar y de las frutas, porque dejáis de ser asistenta para ser nuestra criada... para no separaros de nosotras. ¿Qué os parece?

—Que me hacéis dichosa, pero...

—¿Pero qué?—repuso Zoé con su ordinaria viveza;—¿buseáis más dificultades?

—No las busco, ¡Dios me libre! Estoy muy reconocida.

—Pues entonces...

—Tengo miedo de que vuestro buen corazón os perjudique: ¿qué dirán los que saben quién soy?

—¡Cómo! Explicaos.

Sofía Blanchard, obligada por Zoé á hablar, murmuró:

—¿No soy la mujer de un hombre sentenciado como uno de los asesinos del capitán Guérin?

Juana, que se había sentado, se levantó, se adelantó á Sofía y le dijo con voz firme:

—A pesar de las simpatías que me inspiráis, si hubiera creído culpable á vuestro esposo, no os tomaría á mi servicio; pero le creo inocente.

—¡Oh!—dijo Sofía Blanchard.

No pudo pronunciar más que esta exclamación, y dejándose caer en una silla y escondiendo el rostro entre las manos, prorrumpió en sollozos.

Había creído hasta entonces que aquellas dos compasivas mujeres no querían hacerle responsable del crimen de otro; pero nunca se

figuró que, á pesar de los testimonios acumulados en contra de su marido, la misma hija de la víctima le creyera inocente.

La dulce sorpresa, la alegría que se desbordaba de su corazón, aflua en lágrimas á sus ojos, porque el acceso de la alegría, como el del dolor, se resuelve en llanto.

Cuando Sofia Blanchard estuvo más tranquila, Juana repuso:

—Al recogeros en mi casa, protesto de la única manera que puedo protestar de la sentencia impuesta á vuestro marido. Ayer no tuve valor delante de todo el mundo para dejar oír mi voz, que, después de todo, hubiera sido inútil. Para mí hay otro culpable, pero no es á mí á quien pertenece buscarle; no soy yo, pobre mujer, quien puede proseguir esta obra de venganza. Además, el asesino principal ha sido sentenciado, morirá en breve y esto me basta. Lo demás os pertenece á vos. En vos no sería venganza... sería un acto de justicia y de reparación, el decir: *Ese es el culpable; mi marido es inocente: devolvédmelo.*

Con la cabeza erguida, ardiente la mirada, Sofia Blanchard escuchaba á Juana Guérin.

.....
 Aquella tarde, Juana recibió una carta fechada en las colonias, en la cual su primo Roberto de Meillant le anunciaba su próxima llegada á Francia.

VI

La Conserjería no es una prisión en el sentido administrativo de la palabra. Es una casa de justicia, una prisión transitoria. Los acusados son trasladados á ella algunos días antes de verse la causa, y los sentenciados aguardan que se les designe lugar para cumplir su condena. Sólo por tolerancia se ha permitido que alguna vez los acusados prolonguen muchos meses su estancia en este edificio.

Los sentenciados á muerte no permanecen en él más que tres días. Desde que se ha visto el recurso de casación, los transportan á la Gran Roquette, que está en un barrio especial, y los sentenciados á presidio los guardan en este gran depósito, hasta el día de su partida para Brest ó para Nueva-Caledonia.

Así, pues, Jagon y José Blanchard, aunque su pena no fuese la misma, dejaron la Conserjería y pasaron á la Roquette á fin de Junio de 1875. Allí no debían estar reunidos. Blanchard, después de vestir el traje de la casa, que es la camisa rayada, el pantalón y blusa de lana gris, de haberse visto rapar y afeitar, se unió á los otros presos que trabajaban en los talleres y paseaban por los patios. En cuanto á Jagon, vestido aún con la camisa de fuerza que se le puso en la Conserjería, pe-

netró en una de las tres celdas destinadas á los sentenciados á muerte; pero apenas entró allí fué á verle el director de la cárcel y le quitó aquel aparato ya inútil, puesto que, desde aquel momento hasta el día de la ejecución, el sentenciado á muerte no vuelve á estar solo. Tres hombres le vigilan día y noche; un celador de la cárcel, un soldado sin armas y un inspector de Seguridad, todos con orden de no perder de vista al preso, aunque no se hagan importunos para con él.

De este modo el sentenciado duerme, medita, lee ó escribe, si sabe hacerlo, y al parecer sin testigos.

Jagon pareció acomodarse bien á esta existencia; usó de todo y no abusó de nada. Ordenó sus horas, repartiéndolas entre el sueño, la lectura y el paseo, y se mostraba tranquilo, casi alegre. Cuando un soldado iba á relevar á su camarada y creía de su deber aceptar un rostro de circunstancias para entrar en la celda del preso, Jagon le decía:

—¡Vamos, poned otra cara! La melancolía aquí no es de moda; os envían para que me distraigáis, y de este modo vamos á tener que cambiar de papeles, debiendo yo distraeros á vos. Jugaremos una partida de dominó: si pierdo, os pagaré un buen cigarro; si gano, me pagaréis dos; no os arruinaréis por eso. El abate Crozes me ha dado esta mañana cien sueldos, que disfrutaremos juntos.

El abate Crozes, cuyo nombre tan popular será un día legendario, es el limosnero de la Roquette; pasa gran parte del día en la cár-

cel, y, si no fuera por su aire noble y sus venerables cabellos blancos, se le hubiera tomado por un preso: no sale más que para activar las causas de los detenidos, y rara vez se separa de los que son pobres sin deslizar en su mano una moneda, á escondidas de los vigilantes.

Pero, si se interesa por todos los presos, manifiesta doble simpatía por los sentenciados á muerte, sin duda porque su desgracia es mayor y su abnegación debe estar sometida á más dura prueba.

—Son mis hijos predilectos— suele decir; —les quedan pocos días de vida.

Y los contempla, y los mima, y trata de hacerles menos dolorosos los últimos momentos. Con los que se arrepienten y solicitan de él los últimos auxilios de la religión, es ministro del Señor: con los impenitentes se contenta con ser hombre de bien, distribuyéndoles sus propios recursos, suplicándoles en cambio que caigan de rodillas confesando sus culpas.

La misión de los tres hombres encargados de la vigilancia de Jagon no tenía nada de penosa; el sentenciado les hacía disfrutar de las limosnas del digno sacerdote, y cuando veía que estaban tristes ó meditabundos les decía:

—Tranquilizaos, no moriré, os lo aseguro; soy inocente; muchas personas lo creen y no se atreverán á enviarme al cadalso; ya lo veréis.

Exageraba algo, pero había un fondo de verdad en lo que decía. Hacía algún tiempo que todo París se ocupaba de él y tomaba su defensa; discutíanse los cargos que contra él resultaban, y un hombre de gran reputación en

el Foro había dicho: *No cambiaría mi conciencia por la de los jueces que le han sentenciado.* Los periódicos, que son el reflejo de la opinión pública, se mostraban también favorables al sentenciado; analizaban los considerandos que habían podido inclinar el ánimo de los jueces en contra de Jagon, y no comprendían cómo á un licenciado de presidio le condenaban sólo á trabajos forzados, mientras al que tenía una historia de limpios antecedentes se le condenaba á muerte.

La opinión pública era, pues, favorable á Jagon, y esto preocupaba no poco al Poder Ejecutivo.

El procurador general llamó un día al jefe de Policía y le dijo:

—No doy gran valor á la opinión de la Prensa, que obra unas veces con pasión y otras por interés oculto; pero hay cierto empeño en acriminar á los jueces. Es indudable que Jagon resulta culpable para vos, para mí y para todas las personas que hemos estudiado el proceso; pero este acusado, que insiste en decir que es inocente, me contraría; vos, que le conocéis, ¿habéis podido obtener de él alguna confesión? Ya no tiene las razones que tenía para negar su crimen; su causa no puede empeorar; ved si obtenéis alguna revelación de él.

—Creo que será inútil—respondió el señor Claude con su habitual franqueza.—He dicho siempre que estábamos en presencia de uno de esos criminales enérgicos que no se abaten jamás. Ha dicho que es inocente, y en el mismo patíbulo lo repetirá.

—¡Como Moreau el herborista! ¡Esto es horrible! Esas protestas *in extremis* dejan siempre honda impresión en la multitud.

—Es verdad.

—Pues bien, tratad de sacar algo de él.

—Lo intentaré, señor procurador. Mañana iré á la cárcel.

—Muchas gracias. Deseo que traigáis alguna grata noticia. Ya no puede apelar en ninguna instancia, pero todavía nos queda la gracia de indulto; de seguro que lloverán peticiones en este sentido; el defensor, alguno de los jurados que no esté en paz con su conciencia, el sacerdote de la Roquette, á quien Jagon ha convencido de su inocencia, todos me acosarán.

—¿Y no queréis conceder la gracia?

—Quisiéramos proceder en justicia, en recta justicia; el tal Jagon me parece un tunante que no merece compasión.

—Creo lo mismo, y él también; él, que, después de todo, es bastante inteligente para hacerse justicia; pero, por lo mismo que es inteligente, sabe que no debe hablar y no hablará.

—En fin, ¿lo intentaréis?

—Mañana mismo; lo he prometido.

En efecto, al día siguiente el señor Claude llegó al medio día á la Gran Roquette, subió á casa del director, le comunicó el objeto de su visita y pidió permiso para hablar al sentenciado.

—No tenéis necesidad de tal permiso—dijo sonriendo el director;—¿queréis que os traigamos el preso al salón de visitas?

—No; eso sería dar demasiada solemnidad á la entrevista, y el acusado estaría doblemente en guardia; quiero verle sin prevención, en la intimidad.

—Entonces os haré abrir la puerta de su prisión, aunque creo que le encontraréis en el patio que le está reservado; es la hora en que pasea.

—Está bien; le llamaré aparte, y ni aun sus mismos guardianes nos oirán.

VII

—El jefe de Policía, acompañado de un celador que pusieron á sus órdenes, emprendió distinto camino del que había seguido dos meses antes con Jagon. Se internó en el camino de la ronda, enclavado entre el edificio y el muro exterior; pasó por delante del jardín que pertenece al director; atravesó una puerta reservada destinada á la estancia de los sentenciados á muerte y á la enfermería, que por falta de espacio no se ha podido poner en otro sitio de la casa.

El patio en que paseaba Jagon no tenía nada de lúgubre, y, á pesar de su siniestro destino, tenía más de jardín que de patio. Véanse algunos arbustos, dos castaños jóvenes y algunas flores poco lozanas por falta de sol; flores de prisión, pero flores al fin. Alrededor

del patio hay una galería de arcos, destinada á paseo cuando llueve, y en el centro una fuente de piedra de la que corren limpidas aguas.

Cuando el jefe de Policía apareció en el patio, Jagon, que paseaba lentamente, volvió la cabeza y se adelantó al recién llegado, al que dijo con la sonrisa en los labios:

—¿Al fin estáis aquí?... ¡Habéis tardado mucho en venir á verme!

—Mis ocupaciones... y además no sabía si en ello os daría gusto.

—¿Podéis dudarle? No os guardo rencor: vuestro cargo os obligó á prenderme; cumplisteis con vuestro deber y nada más natural. Reconozco desde luego que lo habéis hecho con toda la cortesía que era de desear; no olvidaré nunca el paseo que dimos por las prisiones de París; de nada os ha servido, porque yo soy Jagon, lo mismo que antes, pero me distrajo muy agradablemente.

—Habla mucho—pensó el jefe de Policía;—su palabra es breve, su acento está ligeramente alterado; quizá podré obtener algo de él.

Y, dirigiéndose al sentenciado, le dijo con voz insinuante:

—¿Queréis sentaros aquí, en este banco? Tenemos que hablar.

—¡Hablar con vos! Con muchísimo gusto. Y se dirigieron hacia el banco; los vigilantes de Jagon se alejaron algún tanto.

—¿Qué tenéis que decirme, señor Claude?—dijo familiarmente Jagon.—¿Venís á anunciarme que estoy sentenciado? Lo espero: podéis decírmelo sin temor.